

La doctrina tradicional de la Iglesia, especialmente la que se nos transmite en la Constitución dogmática *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II, tiene un eco en la liturgia de este domingo. La liturgia, especialmente la escucha atenta de la Palabra de Dios, puede llevar a suscitar el deseo, puede abrir el apetito de un conocimiento más profundo de lo que es la institución eclesial. La reflexión en la que nos ha de introducir la celebración litúrgica de este domingo es una mejor comprensión de la razón de ser de la Iglesia, según el deseo del Señor Jesús.

▣ LLAMADOS

«Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo». En la segunda lectura descubrimos esta primera nota de la comunidad. En esta profesión de fe, con gran rotundidad y firmeza dice san Pablo a la comunidad de Éfeso, que todos los seres humanos han sido llamados. El ser humano es el fruto de una llamada en Cristo. Todo parte y se ordena a él. Jesús, el Verbo eterno, es el referente por el que el Padre da vida y origen al ser humano. Así leemos en *Lumen gentium*: «El Padre eterno creó todo el universo por un libérrimo y misterioso designio de su sabiduría y de su bondad, decretó elevar a los hombres a la participación de la vida divina y, caídos por el pecado de Adán, no los abandonó, dispensándoles siempre su auxilio, en atención a Cristo redentor, "que es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura" (Col 1,15). A todos los elegidos desde toda la eternidad el Padre "los conoció de antemano y los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que este sea el primogénito entre muchos hermanos" (Rom 8,19)» (núm. 2)

En la primera lectura nos damos cuenta de una vocación personal. Dios llama de una manera desconcertante «a un pastor y un cultivador de sicomoros». Hay que tener en cuenta que las razones de la llamada personal de Dios se salen siempre de los prejuicios, presupuestos o parámetros que el ser humano pueda crear en su mente. Amós es un ejemplo de ello. Hoy se pueden presentar algún caso excepcional o cercano a la comunidad sobre cómo Dios puede suscitar una vocación particular donde menos se puede esperar. Así ocurre en la actualidad.

En el evangelio, vemos qué son los Doce, que ya habían sido llamados junto al Bautista, en las labores de pesca en el lago o en la mesa de los impuestos, los que reciben una nueva llamada más concreta.

▣ ENVIADOS

La llamada siempre tiene una razón de ser. Dios llama, Jesús llama, el Espíritu Santo llama. Y lo hacen para enviar a cada uno de los llamados a mostrar la luz del Evangelio. También en el capítulo tercero san Marcos transmite que Jesús eligió a los apóstoles para estar con él y enviarlos a predicar.

Dios envía a profetizar a Amós a la tierra de Judá. La mediación profética es una constante en la historia de la salvación. Como recuerda al salmo: «Voy a escuchar lo que dice el Señor: "Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos". La salvación está ya cerca de los que le temen, y la gloria habitará en nuestra tierra». Sin enviados no es posible que se anuncie y llegue la misericordia del Señor a todos los pueblos y a todas las personas.

Hoy, se puede utilizar la tercera fórmula del acto penitencial y dedicar a este tema la triple invocación cristológica (*Tú, que fuiste enviado por el Padre a nuestro mundo; Tú, que nos envías a anunciar tu mensaje a todos los pueblos...*).

Podría también ponderarse o recordar el significado de la figura del catequista en las comunidades cristianas.

▣ CON PALABRAS Y OBRAS

En el número 10 de *Lumen gentium* se nos hace partícipe de cómo la llamada a evangelizar es consustancial a la vocación bautismal. «Cristo Señor, pontífice tomado de entre los hombres (cf. Heb 5,1-5), a su nuevo pueblo "lo hizo reino de sacerdotes para Dios, su Padre" (cf. Ap 1,6; 5,9-10). Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que, por medio de todas las obras del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable (cf. 1Pe 2,4-10)».

El himno de la carta a los Efesios anima a la santidad. Hemos sido elegidos en Cristo Jesús, para ser reflejo de su humanidad resucitada. Para ser hijos a imagen del Hijo. Para dar un verdadero testimonio. El mundo necesita palabras, pero sobre todo necesita gestos sinceros de la verdad, de la bondad y de la belleza de la creación.

Los apóstoles antes y después de la Pascua de Jesús obran signos en su nombre. El Señor confiere el poder sanador y restaurador a aquellos que llama y envía.

JOSÉ ANTONIO GOÑI